



Hilary  
Mantel El trueno en  
el reino

DESTINO

# El trueno en el reino

Hilary  
Mantel

TRADUCCIÓN DE  
JOSÉ MANUEL ÁLVAREZ FLÓREZ

Ediciones Destino  
Colección Áncora y Delfín  
Volumen 1509

TÍTULO ORIGINAL: *The Mirror and the Light*

© TERTIUS ENTERPRISES LTD, 2020

© POR LA TRADUCCIÓN DEL INGLÉS, JOSÉ MANUEL ÁLVAREZ FLÓREZ, 2020

© EDITORIAL PLANETA, S. A., 2020

EDICIONES DESTINO, UN SELLO EDITORIAL DE EDITORIAL PLANETA, S. A.

AVDA. DIAGONAL, 662-664, 08034 BARCELONA (ESPAÑA)

WWW.EDESTINO.ES

WWW.PLANETADELIBROS.COM

PRIMERA EDICIÓN: SEPTIEMBRE DE 2020

ISBN: 978-84-233-5775-8

DEPÓSITO LEGAL: B. 11.187-2020

IMPRESIÓN Y ENCUADERNACIÓN: BLACK PRINT

*Printed in Spain* - IMPRESO EN ESPAÑA

EL PAPEL UTILIZADO PARA LA IMPRESIÓN DE ESTE LIBRO ESTÁ CALIFICADO COMO **papel ecológico** y PROCEDE DE BOSQUES GESTIONADOS DE MANERA **sostenible**.

NO SE PERMITE LA REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL DE ESTE LIBRO, NI SU INCORPORACIÓN A UN SISTEMA INFORMÁTICO, NI SU TRANSMISIÓN EN CUALQUIER FORMA O POR CUALQUIER MEDIO, SEA ÉSTE ELECTRÓNICO, MECÁNICO, POR FOTOCOPIA, POR GRABACIÓN U OTROS MÉTODOS, SIN EL PERMISO PREVIO Y POR ESCRITO DEL EDITOR. LA INFRACCIÓN DE LOS DERECHOS MENCIONADOS PUEDE SER CONSTITUTIVA DE DELITO CONTRA LA PROPIEDAD INTELECTUAL (ART. 270 Y SIGUIENTES DEL CÓDIGO PENAL).

DIRÍJASE A CEDRO (CENTRO ESPAÑOL DE DERECHOS REPROGRÁFICOS) SI NECESITA FOTOCOPIAR O ESCANEAR ALGÚN FRAGMENTO DE ESTA OBRA. PUEDE CONTACTAR CON CEDRO A TRAVÉS DE LA WEB [WWW.CONLICENCIA.COM](http://WWW.CONLICENCIA.COM) O POR TELÉFONO EN EL 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# I

## Restos (I)

LONDRES, MAYO DE 1536

Una vez cortada la cabeza de la reina, él se va. Una intensa punzada de apetito le recuerda que es hora de un segundo desayuno, o quizá de una comida temprana. Las circunstancias de la mañana son nuevas y no hay normas que nos guíen. Los testigos, que se han arrodillado para el tránsito del alma, se levantan, se ponen los sombreros. Sus rostros bajo los sombreros están aturcidos.

Pero luego él vuelve para ofrecer unas palabras de agradecimiento al verdugo. El hombre ha desempeñado su oficio con maestría; y aunque el rey le esté pagando bien, es importante recompensar un buen servicio con algún estímulo, además de una bolsa llena. Como una vez fue pobre, lo sabe por experiencia.

El cuerpecito yace en el patíbulo donde ha caído: boca abajo y con las manos extendidas, nada en un charco de fluido carmesí, donde la sangre se filtra entre las tablas. El francés —habían mandado a por el verdugo de Calais— había cogido la cabeza de Ana, la había envuelto en una tela de lino y se la había entregado luego a una de las mujeres veladas que la habían auxiliado en sus últimos momentos. Él vio cómo la mujer se estremecía desde la nuca hasta los pies al recibir el fardo. Lo sujetó rápido, firme, sin embargo, y una cabeza es más pesada de lo que esperas. Al haber estado en un campo de batalla, él sabe eso también por experiencia.

Las mujeres se han portado bien. Ana se habría sentido orgullosa de ellas. No dejarán que la toque ningún hombre; extienden las manos y hacen retroceder a los que intentan ayudarlas; se deslizan sobre la sangre derramada y se inclinan sobre el delgado cadáver. Él las oye respirar entrecorta-

damente cuando alzan lo que queda de ella, sosteniéndola por las ropas, temiendo que se rasguen y que sus dedos toquen la carne que se está enfriando. Cada una de ellas bordea con paso cauteloso el cojín en el que se arrodilló ella, ahora también empapado de su sangre. Él ve de soslayo desaparecer una presencia, un hombre delgado fugitivo de jubón de piel. Es Francis Bryan, un hábil cortesano, que ha ido a decirle a Enrique que es un hombre libre. Confía en Bryan, piensa él; es primo de la reina muerta, pero ha recordado que es también primo de la reina que llega.

Los oficiales de la Torre han encontrado, en vez de un ataúd, un arca de flechas. El estrecho cadáver cabe bien en ella. La mujer que sostiene la cabeza se arrodilla con su bulto empapado. Como no hay más espacio, lo coloca a los pies del cadáver. Se yergue, se santigua. Las manos de los presentes se mueven imitándola, y también la de él; pero luego él se contiene y la deja colgando en un puño inerte.

Las mujeres echan una ojeada final, luego retroceden, las manos apartadas para no mancharse la ropa. Uno de los hombres del condestable Kingston trae toallas de lino —demasiado tarde para usarlas.

—Esta gente es increíble —le dice él al francés—. Que no haya un ataúd cuando tuvieron días para prepararlo... Sabían que ella iba a morir. No tenían ninguna duda.

—Pero quizá sí la tuvieran, señor Cremuel —ningún francés es capaz de pronunciar su nombre—. Tal vez la tuvieran, porque yo creo que la propia dama pensaba que el rey mandaría un mensajero para anular la ejecución. Hasta cuando subía las escaleras miraba por encima del hombro, ¿no lo visteis?

Él ya no piensa en ella. Su pensamiento está con su nueva esposa.

—*Alors*, quizá haya más suerte esta vez —dice el francés—. Hay que albergar esa esperanza. Yo si tuviese que volver, aumentaría mis honorarios.

El hombre se gira y empieza a limpiar su espada. Lo hace con cariño, como si el arma fuese amiga suya. «Acero de Toledo —lo dice con admiración—. Aún tenemos que acudir a los españoles para conseguir una hoja como ésta.»

Él, Cromwell, pasa un dedo por el metal. Aunque nadie lo sospecharía viéndole ahora, su padre fue un herrero; tiene afinidad con el hierro, con el acero, con todo lo extraído de la tierra o fraguado, todo lo fundido o forjado o dotado de un filo cortante. La hoja de la espada del verdugo tiene una incisión con la corona de espinas de Cristo y las palabras de una oración.

Ahora los espectadores se están marchando: cortesanos y regidores y funcionarios de la ciudad, grupos de hombres con atuendos de seda y cadenas de oro, con la librea de los Tudor y las insignias de los gremios de Londres. Muchísimos testigos, aunque ninguno de ellos está seguro de lo que ha visto; comprenden que la reina está muerta, pero fue todo demasiado rápido para que consigan entenderlo. «Ella no sufrió, Cromwell», dice Charles Brandon.

—Puede que vos hubieseis preferido que sufriera, milord Suffolk.

Brandon le repugna. Cuando los otros testigos se arrodillaron, el duque se quedó de pie, rígido; odiaba tanto a la reina que no estaba dispuesto a brindarle esa cortesía. Él recuerda el paso vacilante de ella hacia el patíbulo: su mirada, como dice el francés, por encima del hombro. Incluso cuando pronunció sus últimas palabras, pidiendo a la gente que rezara por el rey, miraba por encima de las cabezas de la multitud. Aún no abandonaba su débil esperanza. Pocas mujeres son tan resueltas al final, y no muchos hombres. La había visto empezar a temblar, pero sólo después de rezar su última oración. No había nada para apoyar la cabeza, el hombre de Calais no lo utilizaba. Sólo se le había pedido que se pusiera de rodillas, derecha, sin ningún apoyo. Una de sus mujeres le tapó los ojos con una tela. Ella no vio la espada, ni siquiera su sombra, y la hoja le rebanó el cuello con un suspiro, con más facilidad con la que las tijeras atraviesan la seda. Todos nosotros —bueno, la mayoría de nosotros, Brandon no— lamentamos que se tuviese que llegar a esto.

Ahora llevan el arca de olmo hacia la capilla, donde se han izado las banderas para que ella pueda descansar junto al cadáver de su hermano, George Bolena. «Compartieron una cama cuando estaban vivos —dice Brandon—, así que

es adecuado que compartan la tumba. A ver cómo se quieren ahora.»

—Venid, señor secretario —dice el condestable de la Torre—. He preparado una colación, si me hacéis el honor. Nos levantamos todos muy temprano hoy.

—¿Podéis comer, señor? —Su hijo Gregory nunca ha visto morir a nadie.

—Debemos trabajar para comer y comer para trabajar —dice Kingston—. ¿De qué le sirve al rey un sirviente que esté distraído, sólo porque piensa en un trozo de pan?

—Distraído —repite Gregory.

Su hijo fue enviado recientemente a aprender el arte de hablar en público, y el resultado es que, aunque todavía no controla el vuelo retórico, ha pasado a interesarse más por las palabras consideradas una a una. A veces parece como si las alzara en el aire para inspeccionarlas; otras veces parece que estuviese pinchándolas con un palo; otras, y la comparación es inevitable, es como si se acercase a ellas con el interés que muestra un perro, meneando el rabo, por los excrementos de otro perro. Le pregunta al condestable: «¿Ha sido ejecutada antes alguna vez una reina de Inglaterra, sir William?».

—No, que yo sepa —dice el condestable—. O, al menos, joven, no estando yo de servicio.

—Comprendo —dice él: él, Cromwell—. ¿Los errores de los últimos días son pues sólo por vuestra falta de práctica? ¿No sois capaz de hacer una cosa una vez y hacerla bien?

Kingston se ríe cordialmente. Es de suponer que porque piensa que él está bromeando. «Cromwell piensa —le dice a Charles Brandon— que necesito más práctica en lo de podar cabezas, milord Suffolk.»

Yo no dije eso, piensa él. «El arca de flechas fue un hallazgo afortunado.»

—Yo la habría enterrado en un muladar —dice Brandon—. Y al hermano debajo de ella. Y habría puesto a su padre por testigo. No sé qué os proponéis, Cromwell. ¿Por qué le dejasteis con vida para que pueda seguir haciendo daño?

Se gira hacia él, furioso; la furia es a menudo algo que él finge. «Milord Suffolk, vos mismo habéis ofendido al rey a

menudo, y le habéis pedido perdón de rodillas. Y siendo lo que sois, estoy seguro de que volveréis a ofenderle. Entonces, ¿qué? ¿Queréis un rey ajeno a la misericordia? Si amáis al rey, y decís que le amáis, prestad alguna atención a su alma. Un día se presentará ante Dios y responderá por todos sus súbditos. Si yo digo que Thomas Bolena no es ningún peligro para el reino, no es ningún peligro. Si yo digo que vivirá tranquilo, eso es lo que hará.»

Los cortesanos que cruzan el césped los miran: Suffolk con su gran barba, sus ojos relampagueantes, su gran envergadura; y el señor secretario, bajo, cuadrado, sin brillo. Pasan rodeándolos con cautela, distanciándose de la disputa, y forman grupos luego departiendo al otro lado.

—¡Válgame Dios! —exclama Brandon—. ¿Me dais una lección? ¿A un par del reino? ¿Vos, viniendo del lugar del que venís?

—Yo estoy justamente donde el rey me ha puesto. Y os daré cualquier lección que tengáis que aprender.

Cromwell, ¿qué estás haciendo?, piensa él. Normalmente es el espíritu de la cortesía. Pero si no puedes decir la verdad en una decapitación, ¿cuándo puedes decirla?

Mira de reojo a su hijo. Ahora somos tres años más viejos, menos un mes, que en la coronación de Ana. Algunos somos más sabios; algunos más altos. Al decirle que debería presenciar la muerte de la reina, Gregory había dicho que no sería capaz de hacerlo: «No puedo. Una mujer, no puedo». Pero al chico no se le ha descompuesto el rostro y ha mantenido la lengua controlada. «Siempre que estés en público —le ha explicado él—, piensa que la gente te está observando para ver si eres apto para seguirme en el servicio del rey.»

Se hacen a un lado para saludar con una inclinación al duque de Richmond: Henry Fitzroy, el hijo bastardo del rey. Es un guapo mozo con la fina piel rojiza de su padre y el cabello entre rubio y pelirrojo: una planta tierna, esbelta, un muchacho que no ha alcanzado aún toda su gran talla. Se balancea por encima de los dos: «¿Señor secretario? Inglaterra es un sitio mejor esta mañana».

Gregory dice: «Vos tampoco os arrodillasteis, milord. ¿Cómo es eso?».

Richmond se ruboriza. Sabe que se ha equivocado, y lo muestra como lo hace siempre su padre; pero se defenderá como su padre, con un resuelto fariseísmo. «Habría sido un hipócrita, Gregory. Mi señor padre me contó que Bolena le habría envenenado. Me explicó que se jactaba de que lo haría. En fin, sus monstruosos adulterios están ya todos al descubierto, y ella está adecuadamente castigada.»

—¿Estáis malo, milord? —Él está pensando, demasiado vino anoche: brindando por su futuro, sin duda.

—Sólo estoy cansado. Me iré a dormir. Dejo atrás este espectáculo.

Los ojos de Gregory siguen a Richmond. «¿Creéis que podría llegar a ser rey alguna vez?»

—Si lo llega a ser, os recordará —dice él alegremente.

—Oh, él me conoce ya —replica Gregory—. ¿Hice mal?

—No es malo decir lo que piensas. En ciertas ocasiones. Hacen que resulte doloroso. Pero debéis hacerlo.

—No creo que llegue a ser nunca un consejero —le indica Gregory—. No creo que pueda nunca aprender eso; cuándo he de hablar y cuándo he de guardar silencio, cuándo debería mirar y cuándo no. Vos me dijisteis: «En el momento en que veas la hoja de acero en el aire, ella ya estará muriendo». En ese momento dijisteis: «Inclina la cabeza y cierra los ojos». Pero yo os vi, estabais mirando.

—Por supuesto que estaba mirando. —Coge del brazo a su hijo—. Porque ¿y si la difunta reina volvía a ponerse la cabeza, cogía la espada y me perseguía hasta Whitehall?

Ella puede estar muerta, piensa, pero aún puede destruirme.

Desayuno. Delicadas rebanadas blancas, vino de potencia mareante. El duque de Norfolk, el tío de la difunta, le hace una inclinación. «La mayoría de los cadáveres no cabrían en un arca de flechas, ¿verdad? Habrías tenido que cortarles los brazos. ¿Creéis que Kingston no puede ya hacer las cosas bien?»

Gregory se sorprende: «Sir William no es más viejo que vos, milord».

Un ladrido de risa: «¿Acaso pensáis que los hombres mayores de sesenta años deberían estar criando malvas?».

—Él cree que deberían hervirlos para hacer cola. —Rodea con un brazo los hombros de su hijo—. Pronto estará hirviendo a su padre, ¿verdad que sí?

—Pero vos sois mucho más joven que milord Norfolk. —Gregory se vuelve hacia el duque Norfolk, el que mejor puede informarle—. Mi padre tiene una salud excelente, salvo por su fiebre especial, que contrajo cuando estuvo en Italia. Es verdad que trabaja largas horas, pero él cree que las largas horas no matan a nadie, o eso dice a menudo. Según su médico, no podrías derribarle ni con una bala de cañón.

Por entonces, los testigos han visto a la difunta reina encerrada en el arca y están dirigiéndose hacia las puertas abiertas. Los funcionarios de la ciudad dan empujones, deseosos de hablar con él. Hay una pregunta en sus bocas: «Señor secretario, ¿cuándo veremos a la nueva reina? ¿Cuándo nos hará Jane el honor? ¿Recorrerá las calles, o navegará en la embarcación real? ¿Qué armas y emblemas adoptará como reina, y qué lema? ¿Cuándo podremos avisar a los pintores y artífices y ponerlos a trabajar? ¿Habrá pronto una coronación? ¿Qué regalo podemos hacerle a ella, que le resulte grato?».

—Una bolsa de dinero siempre es aceptable —dice él—. Yo no creo que la veamos en público hasta que ella y el rey se hayan casado, pero eso no tardará mucho en suceder. Ella es piadosa al viejo estilo, y las banderas o telas pintadas con ángeles y santos y la Santísima Virgen serán bien aceptadas por ella.

—Entonces —pregunta el alcalde—, ¿podemos buscar entre lo que hemos tenido guardado desde la época de la reina Catalina?

—Eso sería prudente, sir John, y un ahorro para los fondos de la ciudad.

—Tenemos la vida de santa Verónica en tablas —explica un anciano cofrade del gremio—. En la primera ya está llorando junto al camino del Calvario mientras Cristo pasa con la cruz. En la segunda...

—Por supuesto —murmura él.

—... en la segunda, la santa enjuga el rostro de nuestro Salvador. En la tercera, alza la tela ensangrentada, y podemos ver en ella la imagen de Cristo, impresa claramente con su preciosísima sangre.

—Mi esposa comentó —dice el condestable Kingston— que esta mañana la dama prescindió de su peinado habitual y eligió el estilo que preferiría la difunta Catalina. Ella se pregunta qué querría decir con eso.

Quizá fuese una cortesía, piensa él, de una reina moribunda a una muerta. Se encontrarán esta mañana en otro país, donde sin duda tendrán mucho que hablar.

—Me gustaría que mi sobrina hubiese imitado a Catalina en otras cosas —confiesa Norfolk—. Si hubiese sido obediente, casta y sumisa, aún tendría la cabeza sobre los hombros.

Gregory está tan asombrado que da un paso atrás y tropieza con el alcalde. «Pero, milord, ¡Catalina no era obediente! ¿No desafió la voluntad del rey año tras año cuando él le dijo que se fuese, que estaba divorciada? ¿No fuisteis vos mismo al campo para obligarla y ella se encerró en su cámara con llave y os visteis obligado a pasar los doce días de Navidad gritando a través de la puerta?»

—Habréis de saber que ése fue milord Suffolk —dice secamente el duque—. Otro vejestorio inútil, ¿verdad, Gregory? Ahí está Charles Brandon, el tipo poderoso de la barba grande. Yo soy el tipo fibroso de mal carácter. ¿No apreciáis la diferencia?

—Ah —dice Gregory—. Ahora me acuerdo. A mi padre le gustaba tanto esa historia que la representábamos como una obra de teatro la noche de Reyes. Mi primo Richard, que interpretaba a milord Suffolk, llevaba una barba de lana que le llegaba hasta la cintura. Y el señor Rafe Sadler se ponía una falda e interpretaba a la reina, insultando al duque en la lengua española. Y mi padre hacía el papel de la puerta.

—Me gustaría haberlo visto. —Norfolk se rasca la punta de la nariz—. De veras, Gregory, lo digo sinceramente.

Él y Charles Brandon son viejos rivales, y disfrutaban cada uno de ellos de las situaciones embarazosas del otro.

—Me pregunto qué interpretaréis estas Navidades...

Gregory abre la boca y la cierra de nuevo. El futuro es un vacío curioso. Él, Cromwell, interviene antes de que su hijo intente llenarlo. «Caballeros, puedo deciros lo que la nueva reina adoptará como lema suyo. Es *Destinada a obedecer y servir*.»

Hay un murmullo de aprobación que recorre la estancia. Estalla la gran risa de Brandon: «Más vale prevenir que lamentar, ¿no?».

—Eso decimos todos. —Norfolk apura su vino canario—. No será Thomas Howard quien contraríe al rey en los años futuros, caballeros.

Clava un dedo en su propia clavícula, como si de otro modo no pudiesen saber quién es él. Luego le da una palmada en el hombro al señor secretario, con toda la apariencia de la camaradería.

—¿Y ahora qué, Cromwell?

No te engañes. Tío Norfolk no es nuestro camarada ni nuestro aliado ni nuestro amigo. Nos da una palmada para valorar lo firmes que estamos. Está mirando el cuello de toro de Cromwell. Se está preguntando qué clase de hoja de espada necesitarías para cortar ése.

Son las diez cuando abandonan a los reunidos. Fuera, la luz del sol motea la hierba. Él camina en la sombra, su sobrino Richard Cromwell al lado: «Mejor ir a ver a Wyatt».

—¿Vos estáis bien, señor?

—Mejor que nunca —responde él con rotundidad.

Había sido el propio Richard quien, pocos días atrás, había acompañado a Thomas Wyatt hasta la Torre, sin despliegue de fuerza, sin hombres armados: llevándole en custodia tan fácilmente como si estuviesen dando un paseo por la orilla del río. Él había solicitado que se tratase al prisionero con toda cortesía, y que se le instalase en una habitación agradable del edificio de la entrada: hacia el que el carcelero Martin le conducirá ahora.

—¿Cómo está ese prisionero? —pregunta.

Como si fuese sólo un prisionero más en vez de lo que es Wyatt, tan querido para él como cualquier otra persona.

—Me parece, señor —dice Martin—, que está muy desasegado por esos cinco gentilhombres que perdieron la cabeza el otro día.

El carcelero hace que suene tan intrascendente como perder un sombrero.

—Me atrevo a decir que el señor Wyatt se pregunta por qué no figuró entre ellos. Así que pasea, señor. Luego se sienta con un papel delante y parece como si fuese a escribir, pero no escribe una palabra. No duerme. Se levanta a altas horas de la noche, pidiendo luces. Acerca el taburete a la mesa, afila la pluma; a las seis de la mañana, pleno día, le llevas el pan y la cerveza y allí está con su papel en blanco y la vela todavía encendida. Un desperdicio, eso.

—Dejad que tenga luces. Yo pagaré lo que él necesite.

—Aunque yo diga eso, es todo un caballero. No es orgulloso como los que teníamos al otro lado. Henry Norris, *el Gentil Norris*, le llamaban, pero nos hablaba a nosotros como si fuésemos perros. Así es como puedes distinguir a un verdadero gentilhombre: cuando corre peligro su vida, él aún te habla como es debido.

—Lo recordaré, Martin —dice con gravedad—. ¿Cómo está mi ahijada?

—Va a cumplir ya dos años pronto, ¿podéis creerlo?

La semana que nació la hija de Martin, él había estado en la Torre para visitar a Thomas Moro. Eran los primeros días de su enfrentamiento; aún tenía la esperanza de que Moro cediera un poco ante el rey y salvara la vida. «¿Queréis ser el padrino?», le había preguntado Martin. Él eligió el nombre de Grace, por su hija más pequeña, muerta unos años antes.

Martin dice: «No podemos vigilar al prisionero todo el tiempo. Me temo que el señor Wyatt podría estar destruyéndose a sí mismo».

Richard se ríe alegremente. «Vamos, Martin, ¿es que no habéis tenido nunca un poeta en la prisión? ¿Alguien que lanza profundos suspiros y apenas duerme y que, cuando reza, reza en verso? Un poeta puede ser melancólico, pero podéis estar seguro de que cuidará de sí mismo tan bien como cualquiera. Debe tener comida y bebida que tienten

su apetito, y si siente un dolor o una punzada, os enteraréis de ello.»

—Si se da un golpe en un dedo de un pie, escribe un soneto —añade él.

—Los poetas prosperan —dice Richard—. Son sus amigos los que padecen el sufrimiento.

Martin los anuncia con un discreto toque en la puerta, como si se tratase de la habitación privada de un lord. «Visitantes, señor Wyatt.»

La habitación está llena de danzante luz, y el joven está sentado a una mesa en pleno sol. «Retiraos, Wyatt —dice Richard—. Los rayos os iluminan el cuero cabelludo.»

Él olvida lo despiadados que son los jóvenes. Cuando el rey pregunta: «¿Estoy quedándome calvo, Crumb?», él responde: «La forma de la cabeza de Vuestra Majestad complacería a cualquier artista».

Wyatt recorre con la palma de la mano su delicado cabello rubio. «Se está yendo rápido, Rich. Cuando tenga cuarenta, ninguna mujer me mirará más que para intentar partirme el cráneo con una batidora de huevos.»

Wyatt podría con la misma facilidad reír que llorar esta mañana, y no significaría nada en ninguno de los dos casos. Vivo aún cuando otros cinco hombres están muertos, vivo aún y asombrado de estarlo, se halla al borde de un dolor devastador, como alguien que estuviese tambaleándose sin más punto de apoyo que un solo pie apoyado en una estaca. Es un tipo de interrogatorio del que ha oído hablar, aunque nunca ha necesitado utilizarlo. Atas al prisionero a una viga del techo, los brazos cruzados a la espalda; su cuerpo cuelga en el espacio, apoyado en esa única y exquisita pulgada. Si se mueve o le apartas el pie, todo su peso cae sobre los brazos y se le dislocan los hombros. Esa parte del procedimiento debería ser innecesaria. No necesitas dejarle inútil; sólo necesitas mantenerle allí, en equilibrio, hasta que haya dado las respuestas satisfactorias.

—Hemos tenido nuestro desayuno, de todos modos —dice—. El condestable Kingston es tan torpe que esperábamos que nos sirviese pan mohoso.

—Es una novedad para él —explica Wyatt—. Decapitar

a una reina de Inglaterra y cinco de sus amantes. Uno no hace eso todas las semanas.

Está balanceándose, está balanceándose en la estaca: pronto resbalará y gritará. «Así que ya se ha hecho, supongo. O no estaríais aquí conmigo.»

Richard cruza la habitación. Se detiene sobre Wyatt y mira hacia abajo, a la nuca de su cuello doblado; le frota el hombro, firme y amistosamente como haría uno con su perro favorito. Wyatt está inmóvil, la cara entre las manos. Richard levanta la vista: «¿Se lo vais a contar, señor?».

Él hace una seña con la cabeza a su sobrino: contadlo vos.

—Tuvo un bravo final —empieza Richard—. Habló poco y sin rodeos, pidiendo perdón, alabando la misericordia del rey y sin alegar ningún atenuante.

Wyatt levanta la vista. Su expresión es de desconcierto. «¿No acusó a nadie?»

—Lo suyo no era acusar —dice Richard gentilmente.

—Pero conocéis el carácter de Ana. Y ella estuvo aquí encerrada mucho tiempo, el suficiente para pensar y planear algo. Debe de haber pensado —sus ojos azules miran de reojo—: yo estoy aquí prisionera, ¿y dónde están las pruebas contra mí? Tiene que haber rezado por los cinco hombres que iban a morir, y debe de haberse preguntado por qué no es Wyatt uno de ellos.

—Seguro que no habría querido ver vuestra cabeza en la calle —dice él—. Sé que no quedaba ya nada de amor entre vosotros, y sé que ella era una criatura muy rencorosa, pero no creo que quisiera aumentar el número de hombres cuya vida había destrozado...

—No acepto eso —responde Wyatt—. Ella podría haber pensado que era cuestión de justicia.

Él desea que Richard se incline hacia delante y le tape la boca con la mano a Wyatt.

—Tom Wyatt —dice—, pongamos fin a esto. Puede que penséis que la confesión tranquilizaría tu espíritu, y si eso es lo que pensáis, mandad a por un sacerdote, decid lo que debáis decir, conseguid la absolución y pagadle por el silencio. Pero no os confeséis conmigo, por Dios. —Luego añade suavemente—: Habéis llegado muy lejos. Habéis hecho

lo más difícil. Hablasteis cuando debíais hablar. Ya no habléis más.

—No debéis daros ese gusto —añade Richard—. Sería a nuestra costa. Mi tío ha caminado por el filo de un cuchillo para salvaros. El rey sospechaba tanto de vos que sólo mi tío podría haber disipado sus sospechas, ya que el rey no habría hecho caso a ningún otro, os habría matado con los demás. Por otra parte... —Alza la vista—. ¿Puedo contárselo, señor? El tribunal no necesitó la prueba que nos disteis. Vuestro nombre no se mencionó. El hermano de la dama se condenó sólo por su propia boca, riéndose del rey delante de toda la corte y diciendo que, pese al valor que dice tener, Enrique carece de toda habilidad y *vertu* para hacer lo que hay que hacer con una mujer.

—Sí —dice él, ante la expresión incrédula de Wyatt—, así de necio era George Bolena, y yo tuve que tratar con él durante años.

—Y la esposa de George —continúa Richard— hizo una declaración escrita contra él, atestiguando que le había visto besar a su hermana metiéndole la lengua en la boca. Y contando las horas que pasaban juntos tras una puerta cerrada.

Wyatt ha vuelto a acercar el taburete a la mesa. Levanta la cara hacia el sol y la luz borra de ella toda expresión.

—Y las mujeres de Ana —dice Richard— hicieron declaraciones contra ella. Todas las idas y venidas en la oscuridad. Así que eso fue suficiente, sin vuestra ayuda. Ellas han atestiguado sus trampas de estos dos años y pico.

Oh, Dios santo, piensa él, pongamos fin a esto. Saca un fajo de papeles doblados de la chaqueta y los deja caer sobre la mesa. «Aquí está vuestro testimonio. ¿Queréis destruirlo vos mismo o lo hago yo?»

—Yo lo haré —responde Wyatt.

Wyatt aún no confía en mí, piensa él, ni siquiera ahora. Bien sabe Dios que no le he engañado. Esta última semana, hora tras hora, ha estado defendiendo la vida de Wyatt. Lo único que le comunicó a Enrique fue que Wyatt había conocido a la reina acusada. Si el conocimiento fue carnal es algo que nunca le preguntó a Wyatt, y nunca lo hará. Al rey le aseguró que no lo fue, aunque no con tantas palabras. Si

había engañado a Enrique, mejor no saberlo. «Le prometí a vuestro padre que cuidaría de vos —le dice a Wyatt—. Y lo he hecho.»

—Agradecido —responde Wyatt.

Fuera, los milanos reales vuelan sobre los muros de la Torre. El rey decidió no exponer las cabezas de los amantes de Ana en el Puente de Londres; en caso de que decida pasar por él con su nueva esposa, quiere que su capital esté limpia. Los milanos reales se han quedado, por ello, sin su presa; sin duda es por eso, le dice a Richard, por lo que están suspirando por Tom Wyatt.

Richard dice: «Ya veis cómo son las cosas. Un hombre como es debido, ese Tom Wyatt. Hasta sus carceleros están enamorados de él. Su orinal le admira porque se digna usarlo».

—Martin estaba intentando saber qué va a pasarle.

—Sí —dice Richard—, antes de que se comprometa demasiado. ¿Y qué va a pasarle?

—Por ahora, está seguro donde está.

—¿Han terminado las detenciones? ¿Fue el último?

—Sí, yo creo que sí.

—¿Ha acabado todo, entonces?

—¿Acabado? Oh, no, en absoluto.

Thomas Cromwell tiene ya cincuenta años. Los mismos ojos rápidos y pequeños, el mismo cuerpo firme e imperturbable, los mismos planes. Está en casa dondequiera que despierte: en la Rolls House del callejón de la cancillería, o en su casa de la ciudad en Austin Friars, o en Whitehall con el rey, o en algún otro lugar donde esté Enrique. Se levanta a las cinco, reza sus oraciones, hace sus abluciones y rompe el ayuno. A las seis está recibiendo peticionarios con su sobrino Richard Cromwell al lado. La embarcación del señor secretario le trae y le lleva a Greenwich, a Hampton Court, a la Ceca y a los arsenales de la Torre de Londres. Aunque todavía forma parte del común, la mayoría estaría de acuerdo en que es el

segundo hombre de Inglaterra. Es el delegado de los asuntos de la Iglesia. Tiene licencia para investigar en cualquier departamento del gobierno o de la Casa Real. Lleva en la cabeza los estatutos de Inglaterra, los salmos y las palabras de los profetas, las columnas de los libros contables del rey, y el linaje, los acres e ingresos de cada persona acaudalada del reino. Es famoso por su memoria, y al rey le gusta ponerla a prueba preguntándole por detalles de oscuros litigios de veinte años atrás. A veces lleva un brote de romero seco o de ruda y lo desmenuza en la palma de la mano como si inhalar el aroma le ayudase a recordar. Pero todo el mundo sabe que es sólo un simulacro. Las únicas cosas que no es capaz de recordar son las cosas que nunca ha sabido.

Su deber principal (según parece en este momento) es conseguirle al rey nuevas esposas y deshacerse de las viejas. Sus jornadas son largas y arduas, llenas de leyes que redactar y de embajadores a los que seducir. Continúa trabajando a la luz de las velas a lo largo de las oscuridades estivales, a través de las puestas de sol del invierno, en que a partir de las tres y media ha oscurecido ya. Hasta sus noches no son suyas para que pueda desperdiciarlas. Duerme a menudo en una cámara cerca del rey, y Enrique le despierta a altas horas y le hace preguntas sobre ingresos del tesoro o le cuenta sus sueños y le pregunta qué significan.

Él piensa a veces que le gustaría casarse otra vez, pues hace ya siete años que perdió a Elizabeth y a sus hijas. Pero ninguna mujer toleraría ese tipo de vida.

Cuando llega a casa, está esperando por él el joven Rafe Sadler. Se quita el gorro a la vista de su amo. «¿Señor?»

—Hecho —dice él.

Rafe espera, mirándole a la cara.

—Nada que contar. Un final devoto. ¿Y el rey?

—Apenas le vimos. Pasó entre el dormitorio y el oratorio y habló con su capellán. —Rafe está ahora en la cámara privada del rey, es su enlace allí—. Pensé que debía venir por si teníais algún mensaje para él.

Mensaje verbal, quiere decir. Algo que es mejor no en-

comendar a la tinta. Él piensa en ello. ¿Qué le dices a un hombre que acaba de matar a su mujer? «Ningún mensaje. Marchad a casa con vuestra esposa.»

—Helen se alegrará de saber que la dama está libre ya de sus desdichas.

Él se sorprende. «No siente lástima por ella, ¿verdad?»

Rafe parece inquieto. «Ella piensa que Ana era una protectora del Evangelio, y esa causa está, como sabéis, próxima al corazón de mi esposa.»

—Ah, claro, sí —dice él—. Pero yo puedo protegerla mejor.

—Y, además, yo creo que las mujeres, cuando le pasa algo a una lo sienten todas. Tienden más que nosotros a la piedad. Y el mundo sería muy duro si no fuesen así.

—Ana no tenía piedad —repone él—. ¿No le habéis contado a Helen que había amenazado con decapitarme? Y estaba planeando, como ahora sabemos, acabar con la vida del propio rey.

—Sí, señor —dice Rafe, como si lo hiciera por complacerle—. Eso se declaró en el juicio, ¿no? Pero Helen preguntará, perdonadme, pero es una pregunta natural en una mujer, ¿qué le pasará a la hijita de Bolena? ¿La repudiará el rey? No puede estar seguro de que sea su padre, pero tampoco de que no lo sea.

—Son cuestiones difíciles —responde él—. Incluso en el caso de que Eliza sea hija de Enrique, es de todos modos una bastarda. Como ahora sabemos, su matrimonio con Ana nunca fue válido.

Rafe se rasca la coronilla de tal modo que su pelo rojizo se alza en una cresta. «Así que si su unión con Catalina tampoco fue válida, no ha estado casado nunca en su vida. Dos veces novio pero nunca marido. ¿Le ha sucedido eso a algún rey antes? ¿Incluso en el Antiguo Testamento? Quiera Dios que la señora Seymour se ponga a trabajar y le dé un hijo. No puede parecer que no somos capaces de tener un heredero. La hija del rey con Catalina es una bastarda. Su hija con Ana es una bastarda. Lo que nos deja a su hijo Richmond, que por supuesto siempre ha sido un bastardo.» Se encasqueta el sombrero. «Me voy.»

Se va dejando la puerta abierta. Desde las escaleras dice: «Os veré mañana, señor».

Se levanta y cierra la puerta, pero se detiene, la mano en la madera. Rafe creció en su casa y él echa de menos su presencia constante; ahora él tiene su propia casa, su propia joven familia, nuevos deberes en la corte. Para él es un placer facilitar la carrera de Rafe. Es para él tan querido como podría serlo un hijo: diligente, tenaz, atento, y —la cuestión vital— el rey le estima y confía en él.

Vuelve a su escritorio. Es sólo mayo, piensa, y han muerto ya dos reinas de Inglaterra. Tiene ante él una carta de Eustache Chapuys, el embajador del Imperio; aunque no se trata de una carta que Eustache pretendiese que llegara a su mesa, y sus noticias deben de haber quedado ya atrasadas. El embajador está utilizando un nuevo lenguaje cifrado, pero se debería poder entender qué es lo que dice. Ha de estar regocijándose, contándole al emperador Carlos que la concubina del rey está viviendo sus últimas horas.

Así que la noticia es ya noticia atrasada. Trabajaré en ello hasta que consiga determinar los nombres propios, incluido el suyo, luego pasará a otro asunto. Déjalo para el señor Wriothsley, el príncipe de los descifradores.

Cuando están sonando las campanas para la oración vespertina por toda la ciudad, oye abajo al señor Wriothsley riéndose con Gregory. «Subid, Llamadme», grita. Y el joven sube las escaleras de dos en dos y entra, una carta en la mano. «De Francia, señor, del obispo Gardiner.» La ha abierto ya, para ayudar.

¿Llamadme Risley? Es un chiste que data de la época en que Tom Wyatt tenía la cabeza llena de pelo: de cuando era reina Catalina, Thomas Wolsey regía Inglaterra, y él, Thomas Cromwell, solía dormir por las noches. Llamadme apareció un día por Austin Friars: un joven bien parecido, vivaz y nervioso como una liebre. Echamos una ojeada a su jubón acuchillado, el sombrero de plumas, la daga dorada a la cintura... Cómo nos reímos. Era guapo, capaz, discutidor y es-

taba dispuesto a que le admirasen. Stephen Gardiner había sido su tutor en Cambridge, y Stephen tenía mucho que enseñar; pero el obispo no tiene paciencia ninguna, y en Llamadme hay algo que la anhela. Quiere que le escuchen, quiere hablar; como una liebre, parece estar alerta a lo que sucede detrás de él, medio sabiendo, medio sospechando, siempre con los nervios de punta.

—Gardiner dice que la corte francesa está agitada, señor. Se murmura que la reina difunta tenía un centenar de amantes. Al rey François eso le divierte mucho.

—Estoy seguro.

—Así que Gardiner pregunta: «Como embajador de Inglaterra, ¿qué tengo que contarles?».

—Podéis escribirle. Contadle lo que necesita saber. —Lo reconsidera un instante—. O quizá un poco menos.

La imaginación francesa suministrará enseguida cualquier dato del que Stephen carezca: lo que hizo la difunta reina, y con quién y cuántas veces y en qué posiciones.

Él dice: «No es bueno para un célibe excitarse con esos asuntos. Nos corresponde a nosotros, señor Wriothsley, salvar al obispo del pecado».

Wriothsley capta su mirada y ríe. Ahora que está fuera del reino, Gardiner depende de Llamadme para información. El maestro se halla pues a merced de su alumno. Wriothsley tiene un cargo: funcionario del Sello. Tiene un ingreso, y una linda esposa, y goza de la buena voluntad del rey. En este momento, disfruta de la atención del señor secretario. «Gregory parece feliz», dice él.

—Gregory está contento por haber vivido este día. Nunca había presenciado un acontecimiento como éste. Aunque no es lo que hayamos presenciado, en realidad, tampoco ninguno de nosotros.

—Nuestro pobre monarca... —dice Llamadme—. Su buen carácter ha sido objeto de tantos abusos... Dos mujeres tales como la princesa de Aragón y Ana Bolena ningún hombre las ha padecido jamás. Con tales lenguas agrias y tales corazones ulcerados.

Se sienta, pero en el borde del taburete. «La corte está nerviosa, señor. La gente se pregunta si esto se ha acabado.

Se preguntan qué os ha dicho a vos Wyatt, puesto que eso no figura en el registro.»

—Bien pueden preguntárselo.

—Preguntan si habrá más detenciones.

—Es una pregunta.

Wriothesley sonrío. «Sois un maestro en esto.»

—Oh, no sé.

Se siente cansado. Siete años para que el rey consiguiera a Ana. Tres años para reinar. Tres semanas para llevarla a juicio. Tres latidos para acabarlo. Pero, de todos modos, son los latidos de él además de los de ella. Ese esfuerzo debe añadirse a todo lo demás.

—Señor —Llamadme se inclina hacia delante—, deberíais actuar contra el duque de Norfolk. Aprovechar su descrédito con el rey. Hacedlo ahora, mientras le tenéis en una posición de desventaja. Puede que no vuelva a presentarse nunca una oportunidad así.

—A mí me pareció que el duque estaba muy amable conmigo esta mañana. Considerando que estábamos matando a su sobrina.

—Thomas Howard hablará tan amablemente con su enemigo como con su amigo.

—Cierto.

La duquesa de Norfolk, de la que el duque está separado, ha hecho uso a menudo de las mismas palabras, o de peores.

—Lo lógico sería —dice Llamadme— que tanto con Ana como con su sobrino George caídos en desgracia, se retirara a sus tierras y se sintiera avergonzado.

—La vergüenza y el tío Norfolk no se conocen.

—Y tengo entendido que está presionando para que Richmond sea nombrado heredero. Si mi yerno se convierte en rey, y mi hija se sienta en el trono a su lado, razona, toda Inglaterra estará bajo mi pulgar de Howard. Puesto que todos los hijos de Enrique son ahora bastardos, se dice, podemos preferir al varón, al menos Richmond puede montarse en un caballo y sacar una espada, lo que es mejor que lady María, que es una enana y está enferma; y que Eliza, que aún está en la edad de hacerse caca por encima en público.

Él dice: «Richmond sería sin duda un buen rey. Pero no me gusta la idea de ese pulgar de Howard».

El señor Wriothlesley le mira. «Los amigos de lady María están dispuestos a traerla de nuevo a la corte. Esperan que cuando se convoque el Parlamento, sea nombrada heredera. Esperan que vos cumpláis vuestra promesa. Esperan que pongáis al rey de su parte.»

—¿De veras? —se extraña él—. Me asombráis. Si yo he hecho alguna promesa, no ha sido ésa.

Llamadme parece desconcertado. «Señor, las viejas familias se unieron con vos, ayudaron a derribar a los Bolena. Lo hicieron por algo. No lo hicieron para que pudiera ser rey Richmond y mandar en todo Norfolk.»

—¿Así que debo elegir entre ellos? —replica él—. Por lo que decís, parece que combaten entre sí y que una parte quedará desplazada, o los amigos de Norfolk o los de María. Y los que obtengan la victoria vendrán a por mí, ¿no?

Se abre la puerta. Llamadme se sobresalta. Es Richard Cromwell. «¿Quién esperabais que fuese, Llamadme? ¿El obispo de Winchester?»

Imagina a Gardiner, brotando del suelo, con tufillo a azufre, arremetiendo a coces con sus pezuñas hendidas, lanzando la tinta por el aire. Imagina la baba cayéndole por la barbilla mientras vuelca las cajas de caudales y hociquea en su contenido con una fiera mirada escrutadora. «Carta de Nicholas Carew», anuncia Richard.

—Os lo dije —comenta Llamadme—. Gente de María. Ya.

—Y, por cierto —añade Richard—, la gata ha vuelto a escaparse.

Acude presuroso a la ventana, la carta en la mano: «¿Dónde está?».

Llamadme acude a su lado: «¿Qué es lo que estamos buscando?».

Él rompe el sello. «¡Allí! Está subiendo al árbol.»

Baja la vista hacia la carta. Sir Nichols quiere una reunión.

—¿Eso es un gato? —Wriothlesley está asombrado—. ¿Esa bestia rayada?

—Ha recorrido todo el camino desde Damasco en una caja. Se la compré a un mercader italiano por un precio que no os creeríais. No puede salir de aquí, porque si no, se aparearía con los gatos de Londres. Tengo que buscarle un marido a rayas. —Abre la ventana—. ¡Christophe! ¡Se ha subido al árbol!

Lo que Carew propone es una agrupación de las dinastías: la familia Courtenay, con el marqués de Exeter dirigiéndola, y la familia Pole, en la que será lord Montague el que dirija. Ésas son las familias más próximas al trono, descendientes del viejo rey Eduardo y sus hermanos. Dicen hablar en nombre de María, la hija del rey, representar sus intereses. Si no pueden reinar en Inglaterra ellos mismos, como hicieron en tiempos los Plantagenet, se proponen hacerlo a través de la hija del rey. Es la estirpe de ésta lo que admiran, la herencia de su madre española, Catalina. La triste muchachita les interesa mucho menos; y cuando vea a María, piensa él, se lo contaré así. Ese camino no es una ruta segura para ella, con hombres que viven entregados a las fantasías del pasado.

Carew, los Courtenay, los Pole, son papistas todos ellos. Carew fue el antiguo compañero de armas del rey y amigo también de la reina Catalina en los tiempos en que esas posiciones eran compatibles. Se considera a sí mismo el espejo de la caballería y un favorito de la fortuna. Para Carew, para Pole, para los Courtenay y sus seguidores, los Bolena fueron un craso error, una equivocación cancelada ya por el verdugo. Suponen sin duda que Thomas Cromwell puede quedar anulado también, reducido al papel servil que solía desempeñar: un hombre útil para conseguir dinero, pero del que se podía prescindir; un esclavo al que pisoteas en tu ascensión por la escalera de regreso a la gloria.

—Llamadme tiene razón —le dice a Richard—, Carew está adoptando conmigo un tono muy altanero —alza la carta—. Esa gente espera que yo acuda a su silbido.

—Esperan que os pongáis a su servicio —dice Wriothsley—. O, si no, os aplastarán.

Bajo la ventana se está arremolinando toda la gente joven de Austin Friars. Cocineros y empleados y criados de todo

tipo. Él dice: «Creo que mi hijo ha perdido el sentido. Gregory —le grita—, que no se puede cazar un gato con una red. Ella os ha visto ya. Apartaos».

—Mirad a Christophe, está meneando el árbol —dice Richard—. Ese idiota puñetero...

—Tened cuidado con eso, señor —suplica Llamadme—. Porque la semana pasada...

—Es natural que se quiera escapar —le dice él a Richard—. Está cansada de su vida célibe. Quiere encontrar a un príncipe. ¿Sí, Llamadme? ¿La semana pasada, qué?

—La gente ha estado hablando con el cardenal. Dicen: «Mirad cómo Cromwell ha acabado en dos años con los enemigos de Wolsey. Thomas Moro está muerto. La reina Ana está muerta». Miran a aquellos que le menospreciaban en vida, Brereton, Norris, aunque Norris no fue el peor...

Norris, piensa él, era bueno con mi señor, en apariencia. Un aprovechado y un manipulador era el Gentil Norris, un hipócrita. «Si yo hubiese querido vengarme de los enemigos de Wolsey, habría tenido que acabar con la mitad del país.»

—Yo sólo informo de lo que la gente anda diciendo.

—Está aquí el joven Dick Purser —añade Richard. Se asoma a la ventana—. Sujetadla bien, para que no la perdamos en la oscuridad.

—Ellos preguntan —dice Wriothsesley—: «¿Quién era el más grande de los enemigos del cardenal?». Y contestan: «El rey». Así que preguntan: «¿Cómo se vengará Thomas Cromwell cuando se presente la oportunidad de él, de su soberano, de su príncipe?».

Abajo, en el jardín oscurecido, los cazadores de la gata alzan los brazos como si implorasen a la luna. Arriba, en el árbol, la gata es una suave forma sólo visible para el ojo adiestrado: está perfectamente unida, con las patas colgando, a la rama en la que descansa. Él piensa en *Marlinspike*, el gato del cardenal. Lo había traído a Austin Friars cuando era aún lo bastante pequeño para llevarlo en un bolsillo. Pero cuando se hizo mayor, se escapó decidido a hacer fortuna.

Yo me he elevado ya por encima de esto, piensa: este día, esta luz menguante, estas redes. Yo soy la gata damascena.

He viajado tan lejos para llegar aquí que nada que hagan me perturba ya, ni me inquieta, en lo alto de mi rama.

Y, sin embargo, las preguntas de Wriothesley penetran en él y dejan en su mente un goteo frío de aflicción, como agua filtrándose en una bodega. Está impresionado. Primero, porque pudieran formularse la cuestión. Segundo, por quién la formula. Tercero, porque él no conoce la respuesta.

Richard vuelve a la habitación: «Señor, ¿qué está diciendo abajo Christophe?».

Él traduce, puesto que el argot del muchacho no es fácil. «Christophe jura que en Francia siempre cogen los gatos con una red, cualquier niño puede hacerlo, él lo demostrará con mucho gusto si le concedemos plena atención.» Luego le dice a Wriothesley: «¿Esa pregunta vuestra...».

—No lo toméis a mal...

—... procede de Gardiner?

—Porque ¿quién más que el condenado sodomita del obispo de Winchester plantearía una pregunta como ésta? —dice Richard.

—Yo informo de lo que dice Winchester —alega Llamadme—, eso es todo. No hablo en su nombre ni por encargo suyo.

—Bien —dice Richard—, porque, si no, tendría que arrancaros la cabeza y colocarla en lo alto del árbol con la gata.

—Creedme, Richard —dice Wriothesley—, si yo fuera partidario del obispo, estaría con él en su embajada, no aquí con vos. —Brotan lágrimas en sus ojos—. Estoy intentando darle un sentido a lo que se propone el señor secretario. Pero lo único que os interesa a vos es el gato e intentar asustarme. Estáis haciéndome recorrer un camino de espinas.

—Ya veo las heridas —dice él suavemente—. Cuando escribáis a Stephen Gardiner, decidle que ya veré lo que puedo conseguir para él de los despojos. George Bolena tenía una donación de doscientas libras al año de las rentas de Winchester. Él puede recuperar eso, para empezar.

Eso no aplacará al obispo, piensa él. Es sólo una muestra de buena voluntad con un hombre decepcionado. Stephen

tenía la esperanza de que cuando cayese Ana Bolena, me arrastrara con ella.

—Habláis de los enemigos del cardenal —dice Richard—. Pues me gustaría incluir entre ellos al obispo Gardiner. Sin embargo, no ha salido perjudicado, ¿verdad?

—Él piensa que está perjudicado —dice Wriothsley—. Después de todo, fue el confidente del cardenal hasta que el señor Cromwell le desplazó. Fue secretario del rey, hasta que el señor Cromwell le sustituyó. El rey le envió fuera del reino, y él sabe que fue el señor Cromwell quien le movió a hacerlo.

Cierto. Todo cierto. Gardiner sabe cómo hacer daño, incluso desde Francia. Sabe cómo arañar la piel y envenenar el cuerpo político. «Cualquier idea —dice— de que yo albergo un resentimiento contra mi soberano es sólo fantasía del cerebro enfermo del obispo. ¿Qué tengo yo más que lo que mi rey me da? ¿Quién soy yo, más que lo que él me ha hecho? Toda mi confianza reside en él.»

Wriothsley dice: «Pero ¿llevaré un mensaje a Nicholas Carew? ¿Os encontraréis con él? Creo que deberíais».

—¿Aplacarle? —dice Richard—. No. —Cierra la ventana—. Yo apuesto a que será Purser quien la cace.

—Yo apuesto por la gata.

Se imagina el mundo debajo de ella: a través del prisma de sus grandes ojos, las extremidades de hombres agitados desplegadas como cintas, anhelantes en la oscuridad. Quizá ella piense que están rezándole. Quizá piense que ha trepado hasta las estrellas. Quizá la oscuridad se aparte de ella en motas y chispas de luz, los tejados y gabletes como sombras en el agua; y cuando ella examina la red, no hay red, sólo los espacios intermedios.

—Yo creo que deberíamos beber algo —le dice a Wriothsley—. Tendremos luces. Y un fuego, pronto. Mandad a Christophe que venga cuando suba del jardín. Él nos mostrará cómo ponen un incendio en marcha los franceses. Podríamos quemar la carta de Carew, señor Wriothsley, ¿qué os parece?

—¿Qué me parece a mí? —es casi un gruñido digno del propio Gardiner—. A mí me parece que Norfolk está contra

vos, el obispo está contra vos y ahora vais a enfrentarlos también a las viejas familias. Dios os ampare. Sois mi señor. Estoy a vuestro servicio, y tenéis mis oraciones. Pero ¡por los clavos de Cristo! ¿Pensáis que esa gente echó abajo a los Bolena para que vos pudierais ser el gallo del corral?

—Sí —responde Richard—. Eso es exactamente lo que pensamos. Puede no haber sido su intención. Pero nosotros nos proponemos hacer que ése sea el resultado.

Qué firme el brazo de Richard, estirado para pasarle el vaso. Qué firme el suyo propio aceptándolo. «Lord Lisle envía este vino desde Calais», dice.

—Confusión para nuestros enemigos —comenta Richard—. Buena suerte para nuestros amigos.

Wriothesley dice: «Espero que podamos distinguirlos».

—Llamadme, calentad vuestro pobre y tembloroso corazón... —Lanza una mirada hacia la ventana, ve en ella un débil perfil nebuloso de sí mismo—. Podéis escribir a Gardiner y contarle que tienen dinero de camino. Después tenemos lenguaje cifrado que descifrar.

Alguien ha llevado una antorcha al jardín. Un oscuro parpadeo llena los cristales. La sombra de él en la ventana alza una mano: inclina su cabeza hacia ella. «A mi salud.»

Esa noche sueña la muerte de Ana Bolena, en tablas. En la primera, él está observando cómo ella camina hacia el patíbulo, llevando su tosca capucha de gablete. En la segunda, ella se arrodilla con una cofia blanca mientras el francés alza su espada. En la última, la cabeza cortada, cubierta por el lino, pinta su imagen con sangre en el tejido.

Se despierta cuando sacuden la tela. Si el rostro de ella está impreso, él está demasiado aturdido para verlo. Es el 20 de mayo de 1536.